

7. Con amigos así...

La cultura literaria de los afganos entre 1980 y 1990 estuvo dominada por la tragedia de la guerra. No se trataba solo de que la gente estaba sumamente devastada en lo emocional como para escribir sobre cualquier otro tema, sino que la propia cultura afgana prácticamente lo prohibió. Las celebraciones usuales de la vida se mantenían con perfil bajo; este era un tiempo en el que se esperaba que la gente llevara su tristeza con dignidad y reserva. Habría sido difícil encontrar una familia que no hubiese estado directamente afectada por la guerra. Todos podían contar en sus filas con la pérdida de uno o más seres queridos.

El Sufismo era y es una fuerza poderosa en las raíces de la cultura afgana, pero sufrió una mutación esencial durante este período. Rara vez apareció como tema de expresión poética, incluso para los afganos más jóvenes que vivían en el exilio. En esto Ustad Khalili fue la excepción, ya que a pesar del gran número de poemas de guerra que él también escribió en este período, continuó favoreciendo la literatura de la sabiduría Sufí. En todas nuestras conversaciones privadas, él recitaba libremente los trabajos de grandes poetas tales como Hafez, Bedil, Attar, y el hijo nativo más famoso de Afganistán: Rumi.

Aún antes de que conversara en persa, yo ya recitaba poesía. Me parece más fácil aprender un nuevo idioma memorizando primero su poesía, en especial si me ha resultado atractiva a través de las traducciones. Muchos afganos que me escuchaban recitar poesía persa de memoria estaban gratamente sorprendidos por este hecho inusual y como consecuencia de esto algunos se mostraron interesados en mí. Uno de estos, Abdul Ahad Tarshi, era un joven poeta talentoso que vivía en Peshawar. Me encontré con él en 1986, en la misma época en que me reuní con Ustad Khalili. Él era el hermano de Mohammed Ali, el hombre que manejaba los trabajos de campo de nuestra Fundación en Pakistán. En el primer encuentro con Abdul Ahad, sentí que él era un hombre con una pasión verdadera, comprometido con la resistencia afgana contra la agresión soviética en su tierra natal. Me quedaba claro que él era muy inteligente y estaba bien informado acerca de los acontecimientos mundiales. No obstante, su comprensión de todo lo que ocurría en el mundo se fundaba en una teoría conspirativa de carácter internacional contra el Islam. Él fue el primero, de mucha gente con la que me encontré, en sostener este punto de vista. En ese momento, algunas de estas ideas me parecieron intelectualmente interesantes y valiosas de comparar con mi propio sentido de la historia.

Mis estudios sobre la guerra en Afganistán me llevaron a la conclusión de que estábamos siendo testigos de la puesta en práctica de la doctrina Brezhnev la cual afirmaba que: “una vez marxista, nunca más fuera de la esfera marxista”. Cuando en 1978 los miembros del partido marxista afgano asesinaron a los líderes de la naciente república democrática, comenzaron a implementar reformas en el régimen de tierras y otros cambios culturales que estaban en contradicción con los valores afganos tradicionales. De inmediato esto generó una resistencia armada contra el régimen marxista en varias regiones del país.

Al mismo tiempo, la revolución islámica en Irán estaba dando forma a un nuevo paradigma de resistencia islámica radical a la influencia histórica de Occidente y su dominación. La Unión Soviética invadió Afganistán en 1979 para apuntalar al régimen marxista que de lo contrario habría caído en cuestión de meses. La fuerza masiva empleada para suprimir las primeras formas de resistencia al marxismo fue brutal y despiadada. Cientos de miles de personas escaparon buscando seguridad en las fronteras de Pakistán e Irán, para finalmente convertirse en la población de refugiados más grande del mundo. Los soviéticos se reagrupaban cada vez más a medida que varios grupos de combatientes de la resistencia se organizaban y los atacaban por todas partes. Como consecuencia de esto, más soldados soviéticos y armamento ingresaron en Afganistán y el conflicto se amplió.

Abdul Ahad Tarshi y sus compatriotas legítimamente se veían a ellos mismos como comprometidos en una lucha de vida o muerte para liberar a su país de estos invasores asesinos. Por todos lados en el país, hombres jóvenes se presentaban para luchar con lo que pudieran contra este superpoder. El mundo observaba y esperaba lo peor. Todos quedaron sorprendidos de la resistencia feroz e incansable que finalmente derrotaría a los rusos.

Durante esta “*jihad*” o lucha, a la que prácticamente todos los estudiosos islámicos la consideraban legítima, cientos de miles de afganos dedicaron por completo sus vidas a la causa de la resistencia. Cada uno manifestaba la voluntad de ser martirizado por el bien del país y la religión. Con el correr del tiempo, muchos de los mejores de estos hombres fueron asesinados en la guerra. A menudo eran los despiadados y los traicioneros los que ocupaban su lugar. Después de todo, un hombre justo y misericordioso trata con compasión incluso a sus prisioneros, mientras que un tirano mata a quienquiera que pudiera interponerse en su camino. Los líderes más nobles lentamente eran asesinados; pronto serían extinguidos.

La cultura del mártir emergió, y era celebrada en los medios de comunicación limitados de la resistencia afgana. Dado que la mayoría de los afganos eran pobres y la mayor parte de ellos analfabetos, apareció una cultura del poster y se expandió a casi todo baluarte mujahidin y en incontables hogares alrededor del país. Estos posters retrataban las caras y personalidades de los mártires individuales como así también los valores políticos y religiosos de la resistencia. Posters de mártires glorificados como Zabihullah Khan, empapado en sangre y cubierto con rosas, también incluían poesía que estremecía los sentimientos de la nación. Pronto, a poetas como Abdul Ahad se los alababa por los versos apasionados de tiempos de guerra que componían, en los que se lamentaban el sufrimiento abrumador y se celebraba la valentía y pureza del mujahidin.

Pero al final de los '80 algo nuevo emergió de esta literatura. Paso a ser más una cosmovisión islámica, en la que los afganos expresaban su creencia de que los acontecimientos políticos en Afganistán, en verdad, en toda la región, habían sido orquestados por los países occidentales y en particular por los Estados Unidos. Durante muchos años había existido la comprensible sospecha de la interferencia de los poderes occidentales en la política local. Después de todo, los afganos habían luchado varias guerras contra los británicos. Más recientemente, se había generalizado la visión de que los Estados Unidos era un tirano que trataba de influir en los eventos de varios países de la región. Mucha gente sabía que Norteamérica, a principios de 1950, había provocado la caída del gobierno electo democráticamente de Irán. De hecho eso se conoció como el primero de este tipo de casos orquestados por la CIA. Los afganos, y muchos otros en toda la región, estaban disgustados por el apoyo unilateral de los Estados Unidos a favor de Israel. Cada veto de los EE.UU. a las resoluciones de la ONU que intentaban condenar a Israel se daba a conocer por los medios locales y regionales.

Abdul Ahad sabía que yo era norteamericano y debe haber tenido algún recelo respecto a mi trabajo allí, aunque parecía que confiaba en mí y me colocaba aparte del daño que creía que mi gobierno provocaba. Él sabía que yo estaba interesado en la supervivencia de la cultura afgana por lo que se tomó el tiempo para explicarme su perspectiva. Admire lo franco y directo que era cuando hablaba de sus puntos de vista, aún cuando no estuviera de acuerdo con ellos. En verdad estaba de acuerdo en que los Estados Unidos estaban comprometidos íntimamente en brindar armamentos a la lucha de la resistencia, este era un asunto de dominio público.

Millones de dólares provenientes de los impuestos pagados por los contribuyentes norteamericanos estaban siendo utilizados para aprovisionar a los mujahidines. También estuve de

acuerdo en que los Estados Unidos tenían un record de inmoralidad, con manipulaciones contrarias a la ética en los asuntos internos de naciones soberanas. Abdul Ahad, como la mayoría de los jóvenes de la generación educada de afganos, tenía una apreciación cínica sobre todo lo relacionado con la ayuda norteamericana. Incluso él y mucho de sus amigos pensaban que existía una confabulación gestada en forma secreta entre los superpoderes, a pesar de lo que yo veía como una clara evidencia de que los norteamericanos principalmente estaban comprometidos en la guerra para humillar a los soviéticos.

Para 1988, Abdul Ahad Tarshi estaba publicando poesía que exponía sus puntos de vista a una audiencia local bastante amplia tanto de mujahidines como de muchos miles de refugiados que ahora eran estudiantes de varias escuelas paquistaníes, muchas de ellas dirigidas por organizaciones religiosas islamistas. Un día me sorprendí al recibir de regalo una colección de su poesía llamada, *Az sharar-i dard ta khashm-i iman, (De las Chispas de la Angustia a la Furia de la Fe)*. La portada del libro está dominada por la imagen de un minarete en un costado, y del otro lado un enhiesto AK-47, el cual se ve aún más grande debido a su proximidad.

Ambos sobresalen en un cielo rojo tormentoso, surcado por nubes negras y ominosas. Cada página del libro lleva el motivo del minarete y el AK-47, pero sin el cielo colorido.

Mientras estudiaba su libro, pude ver que había muchos poemas maravillosos en la colección que son característicos de la más fina poesía de guerra de ese período. Sin embargo, encontré algunos de esos poemas un tanto extremistas y perturbadores. Ellos pregonaban la violencia anti-occidental que iba a manifestarse en los años venideros. Sin darnos cuenta estábamos entrando en una nueva era. Un nuevo desafío nacía producto de la reacción de más de medio siglo a las intromisiones de Occidente, y a la necesidad de culpar a alguien de los problemas insolubles que asolaban al cansado mundo islámico. Una amalgama de ideas estaba teniendo lugar, y abarcaba desde el Ayatollah Khomeini de Irán y la Hermandad Musulmana de Egipto hasta el Whabismo de Arabia Saudita y las madrazas xenófobas Maududi casi en mi patio trasero paquistaní. El sufrimiento en el mundo islámico estaba encontrando una nueva voz y en absoluto era una feliz. El Pakistán de los '80 estaba cobijando una generación entera de refugiados afganos, entristecidos y endurecidos por una guerra interminable. Por lo general no estaban educados, excepto por la enseñanza islamista que recibían en estas madrazas. Para mí estaba claro que iba a ver problemas más adelante.

El punto de vista extremadamente anti-estadounidense y anti-occidental se expresa con claridad en estos poemas de la colección de Abdul Ahad. He traducido partes representativas del primer poema, y el segundo en su totalidad. Abdul Ahad tiende a usar fuertemente la métrica y el rimado en su poesía.

Contrariamente a mi costumbre, traduje el primer poema en rima*. El primer poema apareció inmediatamente después de una reunión entre Ronald Reagan y Mikhail Gorbachov, el segundo es respecto a la visita de una delegación de mujahidines a la Casa Blanca.

El Encuentro de Dos Satanes

Otra vez los lobos devoradores del mundo se encontraron cara a cara
y planean las más oscuras traiciones que llevaran a cabo.
Cualquiera de los dos podría enseñarle al mismo Diablo
trucos de traición, asesinato, falsedad y mal.
Por medio de alguna nueva magia ellos entumescen la mente;
En lugar de paz, le dan guerra a la humanidad a cambio.

Ellos se reúnen para decirle al mundo que ellos poseen
Todo lo que la gente necesita, ni más ni menos que eso.
Ellos dicen que el fuego de nuestras armas sin dudas va a secar
aquellas lágrimas que ojos de angustia ahora lloran.

Ellos dicen: “debemos suturar con balas las heridas
para curar los corazones de luto, y su dolor apaciguar.”

“Bien, sí, nosotros somos lobos pero también pastores probados.
¿Qué puede el débil hacer? Ese rebaño está aterrorizado.”
Ellos dicen que son médicos sin embargo su trabajo está matando;
Estos demonios violan todos los derechos del débil.

Ellos están complacidos con cualquiera que juegue al esclavo,
amargos enemigos de cualquiera que se comporte como un hombre libre.
Ellos están a la cabeza de la impiedad, la crueldad y la degeneración;
Ellos guían a los tiranos locales y provocan su ascenso.
Ellos no tienen corazón, solo está Satán en la jaula de sus pechos,

No sorprende que cada una de sus acciones provenga de pestes demoníacas.
Para el pueblo musulmán, ambos son verdugos
Ambos son tramposos, ellos son divisivos colocadores de trampas.

La Casa Blanca y la Casa Roja.

La Casa Blanca no es el asiento de un digno asesor:
Allí no hay promesa alguna sino el mal para los hombres de buena voluntad.
Es tan roja como el Kremlin en la sangre del pueblo;
No es la Casa Blanca es una Casa Negra de conspiración.
Los palacios blanco y rojo son palacios de terribles crímenes;
Quienquiera que ponga sus esperanzas en ellos no encontrará esperanza alguna.
El jardinero hace injertos en un pantano de roja sangre
No debería esperar poder sacar flores de sauces llorones.
O peregrino de nuestra tribu, si tú eres un verdadero mujahidin,
Sabe que este camino no es el camino puro de los mártires.
Reagan es Gorbachov con una cara diferente;
Abreviando las palabras: tú no necesitas sus palabras.
Él te excluirá de la jihad unos cientos de veces;
Tal demonio no puede armar el escenario apropiadamente.
Mira a la historia: de este viejo y experimentado ladrón
solo hay robo descarado, nada nuevo.

Mira en los ojos empapados en sangre de los huérfanos
y observa el Mar Rojo sangre que no tiene costa.
Este mar de sangre de los fieles del Islam alimenta
A los asesinos que no son otros que estos dos seres macabros.
O seguidores del valeroso Hussein, no os quejéis
de un demonio al mismísimo líder de los demonios.

No aprontes la tienda para cualquier negocio que no sea el de Dios;
La sangre de los mártires no es para andarla comprando y vendiendo.

A mi regreso del norte de Afganistán, en 1989, Abdul Ahad me obsequió esta colección de poesía. Le pregunté acerca de la lucha interétnica de la cual había sido testigo a lo largo del norte del país. Él también estaba conmovido por esto, dado que iba en contra de aquello en lo que él creía.

Él se lamentó: - Estas personas que luchan contra otros musulmanes están cometiendo un crimen muy grande, más grande que los crímenes de los marxistas. Porque son musulmanes que matan musulmanes y Dios ha dicho que Él maldice a tales personas.

Pienso que los ideales de Abdul Ahad eran muy elevados, y fáciles de desvanecer en este ambiente de personas hambrientas de poder. A menudo él lamentaría la falta de honestidad e integridad en las filas de los mujahidines. Él admitió abiertamente que mucha gente se estaba aprovechando de la resistencia a la ocupación soviética y marxista. Incluso Abdul Ahad parecía sospechar un poco de algunos de los comandantes mujahidines con los que yo estaba trabajando. Me preguntó que había sucedido con las grandes sumas de dinero que yo había llevado, con la ayuda del Comandante Nurullah, para ser distribuidas entre los refugiados internos. Le conté más acerca de mis experiencias recientes mientras viajaba al norte de Afganistán. Le expliqué cuanto admiraba la combinación de buen humor y vigilancia que había observado en Nurullah.

Los comandantes mujahidines que yo había logrado conocer bien, le dije a Abdul Ahad, estaban constantemente alertas ante cualquier signo de insurrección u otro indicio de peligro. Yo describí un incidente, al comienzo del viaje en el cual fui capturado en Wardak, en donde estaba sentado con el Comandante Nurullah en un hospedaje en la ciudad fronteriza de Angurada; estábamos comiendo. Él estaba de buen humor y despreocupado, como usualmente lo estaba cuando de repente, arrastró su AK-47 y lo puso a su lado, listo para usar. Yo advertí que algunas personas habían entrado a la habitación para cenar. Él hizo esto rápidamente pero de manera despreocupada, entre porciones de arroz *pilau* sostenidas entre sus dedos. Apenas hizo una pausa en la frase que estaba diciendo. Le pregunté si los conocía y dijo: - No, no conozco quienes son -.Lo había visto alrededor de mucha gente, pero nunca lo había visto reaccionar de esta manera. Algo respecto a ellos lo había puesto cauteloso. Su reacción no había pasado inadvertida para ellos, quienes también mantuvieron sus armas cerca y listas. Después de una década de guerra, parece que solo los alertas o los muy afortunados sobrevivían.

La supervivencia de estos comandantes tenía que ver tanto con la solvencia financiera como con los buenos instintos de auto-preservación. Los árabes que habían estado viajando con el Comandante Nurullah eran parte de una presencia árabe jihadista más amplia que estaba ayudando a financiar la resistencia. Esto, como toda alianza, tenía un precio. La mayoría de combatientes afganos de Nurullah estaban expuestos a las feroces opiniones de los árabes jihadistas, quienes a menudo los desafiaban en cuestiones de doctrina religiosa. Aún así, el siempre pragmático afgano, siempre estaba trabajando, tratando de sacar lo mejor de cada situación. En esa ocasión, Nurullah envió a los árabes por una ruta diferente a través de Hazarajat, esperando evitar así la pérdida de credibilidad por estar asociado con ellos. En los meses recientes había habido combates entre los hazaras chiítas y los jihadistas árabes. Muchos árabes estaban intentando entrar al norte de Afganistán para luchar contra los rusos y los marxistas afganos, y ni se preocupaban por comenzar una lucha a lo largo del camino con gente del lugar a quienes consideraban infieles.

Hazarajat se había vuelto un lugar peligroso, como un día lo descubrí por mí mismo. Eso fue más o menos una semana después de que nos habíamos separado del grupo del Comandante Nurullah en la frontera paquistaní a causa de la respuesta hostil que recibí de los árabes. Nuestro pequeño grupo estaba caminando a un costado de la ruta que llevaba a Naiak cuando un jeep conducido lentamente nos pasó a nosotros. El conductor nos saludó con la mano mientras pasaba y yo devolví el saludo, probablemente con más entusiasmo del que un afgano hubiera tenido. El jeep se detuvo repentinamente y dos temibles Hazaras descendieron y se aproximaron a nosotros con sus AK-47 listos para usar.

Imaginé que ellos esperaban que saliera corriendo con lo cual me apuntarían y dispararían. En lugar de eso, caminé con rapidez hacia el conductor que aún estaba sentado en el jeep con su cabeza mirando hacia nosotros.

Con nervios dije: - Salaam, salaam, solo estamos viajando hacia Naiak.

- ¡Tú eres un árabe!- dijo el hombre furiosamente, con odio en sus ojos.

Pensé: “¿qué está diciendo? Yo no parezco un árabe”. Me di cuenta que estaba en un gran problema y que no había tiempo para juegos.

Respondí con rapidez: - ¡Soy un francés! ¡Un francés!

- ¡No me mientas! ¡Tú eres un árabe!

Otra vez fue Abdul Hayy quien se presentó a ayudarme, arriesgando su propia vida.

Abdul Hayy dijo: - ¡Señor Comandante! ¡La paz esté contigo! Éste hombre es un buen hombre, él está ayudando a nuestro pueblo. Él no es un árabe.

- ¡Soy un francés y un cristiano!- agregué, sabiendo que un jihadista árabe jamás diría tal cosa. El comandante les dijo a sus hombres que bajaran sus armas. Él me interrogó por un momento hasta que estuvo satisfecho por completo acerca de nuestros motivos. Finalmente partimos en buenos términos, y reanudamos nuestro viaje.

Antes de nuestra reunión con Nurullah unos pocos días más tarde, me encontré con el comandante general de Jamiat Islami de toda la provincia de Jowzan. Él era un líder competente y carismático llamado Amrullah Khan. De inmediato me dio la bienvenida y su hospitalidad en su baluarte equipado espléndidamente cerca de Sangcharak. Justo cuando comenzaba a distenderme, llegaron novedades. Un asistente del Comandante Amrullah llegó y me habló.

Él comenzó: - La paz esté contigo Sikandar. Lamento tener que llenarte de preocupación pero me han pedido que te informe que la caravana del Comandante Nurullah ha sido capturada,- dijo él en un susurro, causando un sobresalto en mi corazón.

Dije: - ¿Qué?, ¡Eso es desastroso!

Pensé acerca de los \$ 50.000 afganis ocultos dentro de colchas y otros bultos. Todo mi trabajo, todos los peligros fueron a causa de ese dinero y de nuestros esfuerzos para distribuirlos entre los refugiados de la guerra. Me sentí asqueado por las noticias.

Continuó diciendo: - Los Hazaras han capturado todo en Balkhao. Ellos sospecharon que Nurullah estaba trabajando con los árabes a pesar de su ardid para separarse de ellos. Ahora han puesto su vasta caravana de mercancías en un depósito custodiado, mientras esperan el arbitraje del Maulawi de Balkh. Ellos aceptarán su autoridad religiosa en este asunto aunque él no es chiíta. Los hazaras ya no aceptan la autoridad del Comandante Nurullah dentro de Jamiat Islami, pero ellos acatarán la decisión del Maulawi a la hora de juzgar este tema de la ayuda de Nurullah a los árabes, y así evitar recriminaciones y venganzas.

Sabía que los Hazaras no podrían retener los bienes del Comandante Nurullah sin pagar un alto precio por ello. Ellos estaban aislados geográficamente en el centro de Afganistán y tenían que viajar a través del territorio de otros pueblos para visitar Pakistán. Si se corría el rumor que eran saqueadores, ellos también serían saqueados. Pero me preocupaba el hecho de que si descubrían el dinero que habíamos ocultado en colchas, eso sería para ellos una tentación muy difícil de resistir, más allá de las consecuencias.

Estaba conmovido. Mi descanso y paz mental ganados duramente, después de varios días de viaje agotador se desvanecieron con esta noticia. Me puse nervioso cuando visualice las consecuencias de estas noticias terribles.

Pregunté: - ¿Pero que hay acerca de la autoridad de Maulawi Zarif que está ahí cerca?

Él explicó: -Los hazaras no aceptan su autoridad. Las relaciones entre ellos están tirantes.

Recordé mi encuentro, unos pocos días antes, con Maulawi Zarif en su casa en Sangcharak. Fue un encuentro maravilloso con este muy digno hombre. El Maulawi era la autoridad líder en la cultura uzbeca. Como los hazaras, los uzbekos también son un pueblo mongol. Militarmente ellos son una de las minorías más poderosas en Afganistán. Maulawi Zarif era un estudioso islámico familiarizado con el legado del camino Sufi Naqshbandi.

Después de pasar un par de días como su invitado, había seleccionado a un grupo de refugiados bajo su jurisdicción como aptos para recibir ayuda financiera. Con la captura de la caravana de Nurullah, la situación se había vuelto bastante confusa. Ahora, la ayuda que había ofrecido estaba en duda. Se decía que Nurullah estaba de regreso a su cercano baluarte, así es que ensillamos nuestros caballos y con desgano dejamos la hospitalidad del Comandante Amrullah. Prometí volver antes de continuar a la provincia de Balkh.

Cuando arribamos al baluarte de Nurullah, los árabes ya estaban allí. Ellos estaban escuchando grabaciones de recitaciones coránicas cuando entré al salón principal donde estaban congregados. Ellos simulaban no advertir mi presencia pero sus caras se volvieron bastante agrías al verme. Yo ya estaba en la habitación así que me senté, incómodo, tan lejos de ellos como pude. Cuando el recitado finalizó, los árabes comenzaron a hablar casi de inmediato

Hablaban en árabe entre ellos mismos respecto al sucio infiel que estaba presente. Uno de ellos se levantó y se fue. Los otros continuaron hablando amargamente mientras lanzaban miradas recelosas hacia mí. Los dejé con rapidez y me hicieron pasar a una sala de espera más pequeña. Esa noche, Nurullah llegó y vino a verme. Él estaba conmovido por su experiencia pero aún estaba de buen ánimo.

Él dijo: - Sikandar, no te preocupes demasiado. Estoy trabajando para recuperar todas las provisiones.

Él había perdido alrededor de trescientos animales cargados con suministros. Nuestro dinero estaba cargado en tan solo unos pocos de ellos.

Dije, intentando no profundizar demasiado en mis propias pérdidas: - Me alivia saber que tú estás bien. ¿Tienes alguna idea del tiempo que pueden llevar estas negociaciones?

- Podrían tomar unos pocos días para presionar a los Hazaras, pero soy optimista. Los hazaras tienen mucho que perder si ellos no devuelven nuestros bienes. Su libertad de desplazamiento se va a ver restringida si ellos obstaculizan la libertad de viajar de otras personas como nosotros.

Nurullah y yo tuvimos una comida amistosa aunque contenida. Mucho era lo que había sucedido desde que algunas semanas antes nos separáramos cerca de la frontera. Después de una larga sobremesa, acordamos viajar juntos el día siguiente al cuartel general del Comandante Amrullah. Inesperadamente, y para mi deleite, fuimos acompañados por el espía pakistaní, Haji Nezakat, quien acababa de unirse a la caravana de Nurullah. Nezakat alegró nuestro estado de ánimo con su inimitable sentido del humor. A pesar de nuestra mala suerte, todos juntos disfrutamos ese día. Fue uno de los días más memorables de aquel viaje. Cabalgamos en unos caballos muy finos que nos proporcionó el Comandante Amrullah después de que cenáramos una comida deliciosa preparada por su cocinero. El día se cubrió con las burlas y chistes incesantes de Haji Nezakat. En los meses y años posteriores, cuando en ocasiones me sentía pesimista respecto a la situación afgana, intentaría pensar en aquellos hombres tan peculiares y en su habilidad para trabajar juntos sin conflictos.

Se decidió que yo debía partir al día siguiente rumbo a Shulgara, el centro de operaciones mujahidin al sur de Mazar-i Sharif. Amablemente el Comandante Amrullah nos proporcionó un jeep con un chofer para llevarnos a Abdul Hayy y a mí más allá de la llanura norte dentro del territorio del Comandante Alam Khan. Cuando llegamos a Shulgara, mi amigo recitador del Corán, Qari Rahmatullah, estaba esperando allí para saludarme.

Fue un verdadero deleite el poder verlo otra vez. Amistosamente nos abrazamos el uno al otro. Advertí en su mirada seria que había algo que lo preocupaba. Me pidió hablar en forma privada.

Él dijo: - Sikandar, fuiste valiente al recorrer todo este camino por el bien de nuestro pueblo. Tú te has metido en muchos problemas para ayudar a los necesitados. Ahora debes entender que es lo

que está sucediendo.- Miró alrededor del área donde estábamos sentados para asegurarse que nadie estuviese cerca como para poder escuchar.

El dijo:- Sikandar, hay algo más. Tú debes intentar comprender a nuestro pueblo. Ellos son muy listos y así deben ser en estos tiempos de dificultades.

Ahora; ¿qué era lo que estaba tratando de decirme? Lo miré cuidadosamente mientras continuaba:
- De inmediato tú debes escribir una carta al Comandante Nurullah. Hoy el comandante Alam Khan enviará a alguien allá. Tú debes escribirle diciéndole que sabes lo que en verdad ha sucedido y que esperas que él negocie con verdadera sinceridad la recuperación de tus pertenencias.

Pregunté, esperando que Qari aclararía lo que él quería decir: -¿Exactamente, qué es lo que debería escribir? ¿No está ya Nurullah intentando negociar seriamente por nuestras pertenencias?

El respondió: - Sí, pero tú debes asegurarte, debes insistir.- Era evidente para mí que él quería decirme más pero sentía que no podía hacerlo. Claramente estaba intentando indicarme algo. Pareció insinuar que la historia de la captura de nuestros bienes podía ser algún tipo de invención. Mientras intentaba comprender lo que Qari estaba diciendo, muchos pensamientos surcaron mi mente. ¿En verdad Nurullah estaba jugando algún tipo de juego? ¿Estaba planeando algo por su cuenta o estaba en una estratagema con los Hazaras? Recordé la artimaña de mi asistente Mohammed Ali al hacerme viajar durante semanas hacia la aldea de su familia, y su posterior rechazo a continuar nuestro viaje planeado a través del norte de Afganistán. Desde entonces me había vuelto un poco paranoico respecto a las intenciones de la gente.

Le pregunté a Qari Rahmatullah: - ¿Me ayudarás a escribir la carta?

- No puedo comprometerme abiertamente con esto. Por favor comprende. Te he aconsejado lo mejor que pude. Le pediré a mis amigos aquí que entreguen tu carta pero tú debes escribirle a Nurullah por las tuyas.- respondió él, dejándome un tanto en la nebulosa.

Escribí una carta a Nurullah que planteaba ciertas preguntas necesarias, y se la di al Comandante Alam Khan. Él no me preguntó lo que la carta contenía pero, cuando yo se la entregué, había una mirada cómplice en sus ojos. Me lo imaginé abriéndola en privado, para mantenerse informado. Reflexioné que impacto podría tener eso en una nación que luchaba por fondos para la guerra. Se me ocurrió que podría ser mejor si él abría la carta. Si el asunto salía a la luz, esto podría hacer

avergonzar a Nurullah cuando éste recuperase nuestros 50.000 dólares, si en verdad había algo de verdad en las insinuaciones de Qari. Casi le pedí a Alam Khan que leyera la carta antes de enviarla, pero lo pensé mejor al recordar la advertencia de Qari.

Fue al día siguiente en un encuentro con el Comandante Alam Khan que supe más respecto adónde mis adversarios, los árabes de nuestra caravana, estaban yendo. Ellos habían hecho todo el recorrido hacia el frente norte de la guerra para pelear contra los marxistas que retenían la ciudad de Mazar-i Sharif. Alam Khan era el comandante general de un área enorme que se extendía hasta el río Oxus. Había quince mil hombres bajo su mando. Algunos de estos eran árabes y otros combatientes extranjeros, tan fanáticos que apenas podían considerarse bajo su control. Me dijeron que incluso había un musulmán afro-americano combatiendo en esas filas. Me encontré con unos pocos occidentales en Pakistán que simpatizaban de tal manera con la causa afgana que querían unirse a la jihad y combatir a los marxistas. Al principio me impresionó como algo que no era muy diferente al caso de los estadounidenses y otros que se unieron a los españoles para luchar contra el fascismo al principio del siglo veinte.

Sin embargo, cuando logré conocer mejor a algunos de estos potenciales jihadis occidentales, me quedó claro que estaban adoctrinados profundamente en los mismos puntos de vista wahabis que estaban arrasando la cultura islámica tradicional de Afganistán.

Los líderes afganos necesitaban la ayuda financiera y militar de los árabes. Con el transcurso del tiempo incorporaron más de las opiniones del islamismo wahabi, a pesar de la frecuente amargura que expresaban los afganos comunes respecto a las actitudes arrogantes de estos árabes.

Por decir lo menos, los árabes habían fallado por su falta de comprensión de la cultura afgana y de su rica herencia espiritual.

Tuve varios encuentros con el Comandante Alam Khan. Él era un hombre endurecido por la guerra y exhausto por su trabajo incesante como comandante general. Sin embargo aún poseía el sentido afgano de la hospitalidad. Se aseguró que yo estuviera bien alimentado y pasó conmigo tanto tiempo como su exigente agenda se lo permitía para explicar la situación en la región. Él estaba decepcionado porque yo no podía aceptar su invitación de pasar varios días y examinar los proyectos que había emprendido para ayudar a los aldeanos en su jurisdicción.

Desafortunadamente, estábamos retrasados en nuestra propia agenda en lo relativo a reunirnos con mi asistente Mohammed Ali, en Teri Mangal en la frontera pakistaní.

Teníamos que seguir viaje. No tenía sentido mi permanencia en la región dado que no tenía idea si recuperaríamos el dinero, y cuando sería eso. Dejé planes concretos en el lugar para adjudicar la distribución de los fondos si los mismos eran recuperados. Establecí un protocolo de distribución y verificación al pedirles a los religiosos de alto rango y a los oficiales seculares que dirijan el reparto de los fondos. Cada grupo de receptores debía enviar, después de recibir su parte de la ayuda, a un representante para hablar conmigo en Peshawar, distante a cientos de millas en Pakistán. Estuve muy aliviado, la primavera siguiente, cuando estos representantes llegaron a Peshawar y confirmaron que ellos habían recibido los fondos exactamente como yo los había adjudicado. Al escuchar las buenas noticias, sentí un alivio inmenso y satisfacción porque los esfuerzos y peligros de nuestro viaje no habían sido en vano.

Abdul Hayy y yo cargamos con rapidez nuestras pocas pertenencias. Hallamos asientos en uno de los camiones destartados que se dirigían a la provincia de Samangan, nuestra primera etapa en la ruta de regreso a Pakistán. Donde la carretera termina, al sur de las colinas de los valles del río de la provincia de Samangan, seguimos en caballos que compramos en el bazar local. Nos esforzamos al subir por los caminos serpenteantes que nos llevaban por sobre las altas montañas que separan el norte del sur de Afganistán. Después de unos pocos días descendimos a los valles de Hazarajat donde vendimos nuestros caballos, a un precio ínfimo, en un lugar cercano a Sheshpul.

Entonces la providencia fue más amable con nosotros y nos regaló un viaje en camión todo el trayecto directo a Teri Mangal en la frontera pakistaní. Llegamos, cuatro días después de dejar Shulgara, exhaustos y sucios. Primero fuimos al hamam; estas casas de baños se encuentran en todo el país y son usadas por los afganos, usualmente una vez a la semana. Abdul Hayy y yo compramos ropas nuevas en el mercado. Ciertamente yo estaba listo para un cambio de ropas y un buen baño. Lancé mis ropas sucias, plagadas de piojos, a la basura.

Tal como lo planeamos encontramos a Muhammad Ali en Teri Mangal. Él estaba de buen humor y todo lo malo de nuestra separación había desaparecido. Todos estábamos felices de estar tan cerca de la seguridad de nuestra oficina en Peshawar. Subimos a otro camión, el cual nos llevó al cruce fronterizo. Un oficial de fronteras estaba sentado en una mesa colocada al costado del camino. Un par de sus asistentes vinieron a examinarnos. Ellos nos palparon sin decirnos mucho. Uno de ellos

sintió el fajo de billetes que me había sobrado, oculto en un pliegue del bolsillo de mi chaleco. Hizo un movimiento como para tomarlo. Retrocediendo, le dije en persa que ese era mi dinero. Él respondió en Urdu que necesitaba verlo. Me opuse a eso y me llevó ante el oficial que se encontraba en la mesa. Estaba nervioso al pensar en ser robado tan cerca de la seguridad de mi hogar. Estos agentes de fronteras eran bien conocidos por aceptar sobornos y despojar a la gente de relojes y objetos de valor.

De repente dije en inglés, al hombre sentado allí: -¡El dinero es mío!- Me miró cuidadosamente y entonces irrumpió una sonrisa en su rostro.

- Él dijo: - ¡Ah, tú te pareces bastante a un afgano!

Pensé en lo estúpido de mi comportamiento. Había dejado en evidencia que yo era un extranjero que había entrado a Pakistán. Era ilegal para los estadounidenses y otros extranjeros el cruzar a Afganistán y en ese momento yo estaba en peligro de ser detenido y quizás puesto bajo arresto. Para mi total sorpresa él no estaba de humor para eso.

- Muy bien, muy bien, es tu dinero. Puedes irte ahora- dijo él afablemente en un inglés poético.

Esto era tan contrario a mi experiencia en Pakistán que no podía creer lo que escuchaba. Me despedí de prisa y partí antes de que cambiara de opinión.

Durante los pocos días siguientes, después de regresar a mi oficina en Peshawar, reflexioné acerca de la situación en el norte de Afganistán de acuerdo a como yo la había llegado a comprender. Una hambruna se extendía a través de la región por las langostas y las plagas de insectos devoradores de trigo. Los mujahidines estaban lejos de unirse; en realidad, después de la reciente partida de las fuerzas militares soviéticas, estaban luchando entre ellos mismos tanto como lo hacían contra los marxistas. Los soviéticos aún abastecían a los marxistas y en ocasiones se dedicaban a efectuar bombardeos aéreos en violación de los tratados de paz. En una escala más amplia, la influencia política y financiera externa en Afganistán era tan fuerte como siempre, pero los Estados Unidos, después de haber logrado su objetivo, estaban a punto de emprender la retirada. En su retirada de 1989 los soviéticos habían puesto la mejor cara que pudieron, pero el mundo sabía que habían sido derrotados. Eso resultó ser su Vietnam. Los Estados Unidos no sentían ya la necesidad urgente de ayudar a los mujahidines y a los refugiados, y comenzaron a cortar la ayuda financiera a Afganistán. Occidente estaba, sin darse cuenta, próximo a cometer un error muy grande. Mientras los Estados Unidos y Europa cerraban las manos de la ayuda financiera necesaria para reconstruir al Afganistán arrasado por la guerra, otras fuerza incrementaba su presencia. Los

árabes jihadis habían encontrado una base de operaciones, y ahora manejaban campos de entrenamiento en diferentes lugares a lo largo de Afganistán, más allá del alcance de los diversos gobiernos del Medio Oriente que habían intentado derribar. Los jihadis comenzaron a entrenar combatientes para otras luchas más allá de las fronteras de Afganistán. Pronto estarían involucrados en Bosnia, y trabajando en las luchas islámicas subterráneas que se estaban llevando a cabo en Uzbekistán y Chechenia. Y los jihadis tenían planes mucho más grandes.

* Nota del traductor: en la traducción al español se prescinde de la rima y se sigue la versión en inglés del autor.